

DOCTRINAS — QUE — DIVIDEN



ERWIN LUTZER

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Doctrines That Divide: A Fresh Look at the historic Doctrines That Separate Christians*, segunda edición, © 1998 por Erwin Lutzer y publicado por Kregel Publications, Grand Rapids, MI 49505.

Edición en castellano: *Doctrinas que dividen: Un estudio de las doctrinas que separan a los cristianos*, © 2001 por Erwin Lutzer y publicado por Editorial Portavoz, Grand Rapids, MI 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Traducción: John Alfredo Bernal López

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Dr. NE
Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1406-0

7 8 9 10 11 edición / año 30 29 28 27 26 25

Impreso en los Estados Unidos
Printed in the United States

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción: ¿Por qué todas estas controversias?	13
1. ¿Es Cristo verdadero Dios?	25
2. ¿Es Cristo verdadero hombre?	43
3. ¿Fue María la madre de Dios?	57
4. ¿Fue Pedro el primer Papa?	73
5. Justificación: ¿por fe, por sacramentos, o ambos?	89
6. ¿Por qué no estamos de acuerdo sobre la Cena del Señor?	109
7. ¿Por qué no estamos de acuerdo sobre el bautismo?	127
8. ¿Cuántos libros hay en la Biblia?	153
9. Predestinación o libre albedrío: Agustín contra Pelagio	165
10. Predestinación o libre albedrío: Lutero contra Erasmo	177
11. Predestinación o libre albedrío: Calvino contra Arminio	193
12. Predestinación o libre albedrío: Whitefield contra Wesley	219
13. ¿Puede condenarse una persona salva?	245
Conclusión	261
Bibliografía seleccionada	265

PRÓLOGO

Erwin W. Lutzer, pastor de la afamada iglesia Moody Memorial en Chicago, ha continuado en los pasos de sus predecesores con la publicación de este libro excelente. De una manera agraciada, artística y apaciguadora trata algunos de los temas más importantes del cristianismo. Lo hace sin titubeos para señalar la manera como el error se ha infiltrado en la iglesia de Jesucristo. Muchos de los temas que trata son centrales en discusiones teológicas contemporáneas.

La cristología en la actualidad está en el foco de profundos distanciamientos de la ortodoxia histórica. Lutzer discute la deidad de Cristo y sus naturalezas humana y divina. Hace frente a la mariología de la iglesia católica romana y encara asuntos como la cuestión de si Pedro fue el primer Papa y el tema de la justificación por fe.

Se zambulle en la historia de la iglesia primitiva, la Reforma y las discusiones actuales acerca de libre albedrío, predestinación y la soberanía de Dios en que se enfrascan los defensores de los puntos de vista arminiano y calvinista, y termina preguntando si una persona salva puede en algún momento perder su salvación. Todo esto es suficiente para abrir el apetito de cualquier cristiano y de aquellos que defienden su posición a

uno u otro lado de estas cuestiones, o de quienes conocen muy poco o nada al respecto. Además, los que no estén de acuerdo con sus conclusiones encontrarán sólidos argumentos propuestos que deben considerar con seriedad.

Lutzer señala que el mundo evangélico es una casa dividida y que muchos de los que militan en ella han renunciado a toda esperanza de coherencia porque sostienen puntos de vista que no pueden ser verdaderos conforme a criterios lógicos y bíblicos. El autor se adentra en el matorral problemático del dilema entre “libre albedrío u omnisciencia” y contiene sin vacilar con eruditos como Clark Pinnock, quien sostiene un respaldo tan fuerte a la noción de libre albedrío que termina poniendo límites a la omnisciencia de Dios.

El autor niega que el bautismo en agua sea esencial para la salvación; sin embargo, tiene una mente abierta en cuanto al modo del bautismo. Al tratar el tema de la Cena del Señor y la delicada cuestión acerca de la presencia de Cristo en los elementos, toma en consideración la doctrina católica de la transubstanciación, la postura luterana de consubstanciación, la perspectiva calvinista de una presencia espiritual, y la visión zwingliana de una presencia simbólica. Las implicaciones inherentes a estas posturas son muy importantes, y el lector puede estar seguro de que muchos no estarán dispuestos a cambiar sus opiniones, sin importar cuán convincentes sean los argumentos aducidos. En medio de todo esto se mantiene a través del libro de Lutzer el punto no declarado pero bastante evidente de que la función más importante de la mente de aquellos que se llaman cristianos consiste en pensar de una manera cristiana. El hecho es que el cumplimiento cabal de esa función es una rareza entre los evangélicos. Con mucha claridad el autor insiste en que debemos ser bíblicos, y para ser bíblicos debemos pensar cristianamente.

Lutzer mismo resulta siendo un defensor robusto de la tradición reformista que tiene antecedentes no solo en las Escrituras mismas sino también en las luchas relacionadas con

los puntos de vista de Agustín y Pelagio, los cuales, hablando en términos amplios, representan un hilo común de opciones opuestas que se entremeten prácticamente en todos los puntos planteados en este libro. Esto tiene que ver con la naturaleza del hombre después de la caída de Adán, y con la definición de si la enseñanza bíblica es la intervención exclusiva de la obra divina, la sinergia humana-divina, o la capacidad intrínseca del hombre para salir adelante por sí mismo.

Este libro cuenta con mi mayor recomendación. El escritor es un pastor paciente y persuasivo que jamás recurre a los epítetos ni a la condenación de quienes sostienen puntos de vista discrepantes. Insiste sin equívocos en que algunas doctrinas son ajenas a la Biblia, pero expresa interés y preocupación amorosos por aquellos que se aferran a lo que él considera enseñanzas no bíblicas. ¿Qué más podemos pedir? ¡Venda su cama y compre este libro!

Harold Lindsell

INTRODUCCIÓN

¿Por qué todas estas controversias?

Este es un libro acerca de controversias doctrinales importantes que existen dentro del amplio espectro de la cristiandad. No se trata de cuestiones triviales que puedan dejarse a un lado en nombre de la unidad. La mayoría de los asuntos discutidos en este libro están en el meollo del mensaje del evangelio. Entender por qué y cómo se dieron estas diferencias debería tener una elevada prioridad para todos los cristianos pensantes.

En tiempos pasados, muchos creyentes eran torturados, devorados por bestias salvajes o quemados en la hoguera a causa de sus convicciones doctrinales. La teología tenía el apropiado nombre de “la reina de las ciencias” porque los hombres creían que la relación de una persona con Dios hacía insignificante cualquier otra consideración. Después de todo, no hay cosa alguna que pueda competir con preguntas últimas como: ¿Está Cristo calificado para ser Salvador? ¿El bautismo borra los pecados? ¿Cómo podemos estar seguros de la vida eterna? ¿Cómo es recibida la gracia de Dios por los pecadores? ¿Cuántos libros forman parte de la Biblia? ¿Dios elige quién se va a salvar? Una vez salvos, ¿podemos ser condenados?

Las encuestas actuales de opinión sugieren que la reina de las ciencias necesita un vestido nuevo; incluso que quizás ha

perdido su corona. Solo un pequeño porcentaje de aquellos que afirman ser nacidos de nuevo saben quién predicó el Sermón del Monte o pueden recitar al menos tres de los Diez Mandamientos. Es triste admitirlo, pero el bromista que dijo que la mayoría de los norteamericanos piensan que las epístolas son las esposas de los apóstoles no estaba muy lejos de la realidad.

Un amigo mío dice que algunas de las ovejas de Dios no pueden captar la diferencia entre el pasto natural y el césped sintético. En medio de este vacío doctrinal escuchamos rogativas por la unidad. En una reunión ecuménica se escuchó una supuesta profecía de Dios el Padre en la que decía: “Hagan lloro y lamentación porque el cuerpo de mi Hijo está partido. Preséntense delante de mí porque el cuerpo de mi Hijo ha sido quebrantado... Yo di todo lo que tenía en el cuerpo y la sangre de mi Hijo. Fueron derramados sobre la tierra. El cuerpo de mi Hijo está partido”.

Para dramatizar un espíritu ecuménico, los participantes en la conferencia tuvieron un servicio especial para lavar los pies. Líderes protestantes lavaron los pies de sacerdotes católicos como una señal de que se habían arrepentido de enseñar que los católicos no eran cristianos, que el Papa era el anticristo, y que la piedad católica no era más que superstición inculta. Los católicos lavaron los pies de los protestantes, pidiendo perdón por hacer chistes sobre Martín Lutero y otros reformadores conocidos, y por su desprecio veleidoso de la adoración pentecostal.

El ecumenismo está recibiendo mucho respaldo en nuestro tiempo, aun de los medios de comunicación. Todos hemos leído crónicas según las cuales la manera católica de entender la justificación está en realidad mucho más cerca del luteranismo de lo que se cree por lo general. Los optimistas están prediciendo una coalición de por lo menos algunas denominaciones protestantes con la iglesia de Roma. A continuación cito a George Cary en su libro *Relato de dos iglesias*: “Tengo grandes

esperanzas, no solo de un aumento en el entendimiento mutuo sino también de la reunión final de las dos corrientes de la cristiandad occidental”. Él cree que esto es necesario para cumplir la oración de Cristo por la unidad de los creyentes (Jn. 17).

Durante los primeros siglos del cristianismo, la iglesia fue percibida como una entidad unificada, en particular a medida que Roma se fue convirtiendo en el centro del liderazgo cristiano. Mediante el desarrollo del papado con su amplia red de obispos y sacerdotes, se mantuvo la unidad organizacional. La primera segmentación importante se dio en el año 1054 d.C. cuando el obispo de Roma exigió que el obispo de Constantinopla se sometiera a su autoridad, pero la petición fue denegada. La división que se había gestado durante siglos ahora se convertía en una ruptura irreversible y la iglesia griega ortodoxa se separó de Roma.

Cuando la Reforma empezó en el siglo dieciséis, la jerarquía católica romana predijo que una vez el cristianismo se empezara a dividir, el proceso de fragmentación sería de nunca acabar. Una mirada a la lista oficial de todas las denominaciones en los Estados Unidos demuestra hoy día que esta profecía se cumplió. Tan solo el número de diferentes denominaciones bautistas comprueba la realidad de esta fragmentación organizacional.

Como es comprensible, a algunos les gustaría devolver el reloj de la historia a los días previos a la Reforma, cuando la iglesia occidental era una sola estructura monolítica en su organización. La iglesia católica ha experimentado muchos cambios en los últimos veinticinco años; la rigidez del pasado ha dado paso a una nueva era de tolerancia. El mejor ejemplo de esta tendencia es el Concilio Vaticano Segundo, en el que se llegó a la conclusión de que los protestantes ya no eran apóstatas sino “hermanos separados”. Algunos creen que si los protestantes pudieran ser un poco más flexibles y ambos lados hicieran concesiones aquí y allá, esta visión de unidad puede materializarse. Según afirma la profecía mencionada el cuerpo

de Cristo está partido, y se supone que nosotros tenemos la responsabilidad de juntar todos los pedazos. Sin duda sería trágico, siguiendo este argumento, que la oración de Cristo por la unidad quedara sin cumplirse.

No obstante, hablar de unidad y minimizar diferencias doctrinales equivale a sacrificar la verdad sobre el altar de los antojos y las ilusiones. La unidad, a no ser que esté basada sobre un acuerdo genuino con respecto al contenido real del evangelio, no vale el precio que le han puesto los ecuménicos. Hasta el día de hoy existen diferencias irreconciliables dentro del cristianismo sobre la enseñanza más fundamental del evangelio. Como lo mostrarán los capítulos de este libro, se siguen dando dos respuestas divergentes a la pregunta: ¿Qué debo hacer para ser salvo?

No hay necesidad de arrepentirse a causa de diferencias doctrinales si la verdad del evangelio está en juego. En cierta ocasión Pedro empezó a hacer una representación equívoca del evangelio al repudiar a los gentiles y aliarse con los judíos que creían que la circuncisión era necesaria para la salvación; por ese motivo Pablo amonestó a Pedro en público: “Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?” (Gá. 2:14).

El simple hecho de dar una impresión errónea acerca del contenido del evangelio dio a Pablo todo el derecho para reprender en público al apóstol más prominente. No existe tal cosa como una añadidura inofensiva al evangelio. Es indudable, Pablo estaba tan interesado en la pureza del mensaje que escribió: “Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gá. 1:9). Si se carece de un acuerdo sobre este punto central, todos los intentos de unidad van en la dirección errada.

También me permito decir de manera enfática que el cuerpo de Cristo no está partido. La unidad por la cual Cristo oró ya ha

sido concedida por el Padre. Todos los creyentes verdaderos son miembros del cuerpo de Cristo, el cual es indivisible. Es cierto que Pablo nos urgió a “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3), pero no tenía en mente una unidad a nivel organizativo. La unidad del Espíritu existe entre los creyentes a pesar de sus diferencias doctrinales. La interpelación de Pablo es a que la mantengamos, no a que la creemos como si no existiese.

¿Por qué no podemos estar de acuerdo?

Se plantea entonces la pregunta: ¿Por qué no puede toda la cristiandad ponerse de acuerdo, por lo menos en lo esencial? Después de todo, tenemos la misma Biblia y creemos en el mismo Cristo. ¿Acaso esto es prueba, como algunos sugieren, de que la Biblia se puede interpretar de tantas maneras diferentes que carece de un mensaje claro? Muchos se dan por rendidos creyendo que no existe un modo justo de arbitrio entre perspectivas conflictivas. Lo que es peor, llegan a pensar que no existe una verdad objetiva en absoluto: “Su creencia puede ser cierta para usted; la mía es verdad para mí. ¿Por qué deberíamos discutir sobre eso?”

La pregunta tiene su razón de ser. ¿Por qué no podemos estar de acuerdo sobre el bautismo, la Cena del Señor, la libertad de la voluntad o aun sobre la pregunta más básica en cuanto a lo que se debe hacer para obtener la salvación? ¿Acaso es cierto que la Biblia es como arcilla en la mano de un hombre, y que este la puede moldear en cualquier forma que desee? ¿No será cierto entonces que es imposible afirmar que una forma sea mejor que otra?

Lo cierto es que la Biblia no es la razón del problema. La mayor parte de su contenido es claro, directo y práctico. Casi todos los desacuerdos en interpretación son inventados por nosotros mismos. Es comprensible que se den algunos desacuerdos. Imaginemos a una persona que lee toda la Biblia por primera vez, tratando de captar lo que enseña acerca

de Cristo, Dios, el hombre, los ángeles la salvación y la profecía. Ningún libro o sección en particular es un tratado completo sobre un tema específico. Puesto que trata una gran cantidad de temas y todos tienen consecuencias últimas, podemos entender por qué tendrían lugar las interpretaciones diferentes. Sin embargo, desdeñar las controversias doctrinales como cuestiones indescifrables porque “todo el mundo tiene derecho a su propia interpretación privada”, es ignorar el hecho de que el mensaje básico de la Biblia es de una claridad incuestionable. Nosotros, no el texto, somos la causa de los problemas. Se puede presentar una serie de razones para las diferencias de opinión.

En primer lugar están las limitaciones de los hombres. Por ejemplo, varios capítulos de este libro están dedicados al problema de libre albedrío frente a la predestinación. Por razones que se verán con claridad en esos capítulos, es comprensible que la gente se coloque en lados divergentes del asunto. Sin duda alguna, parte de nuestro problema es que no tenemos todas las piezas del rompecabezas. La relación de Dios con la voluntad humana involucra algo de misterio. En algunos casos Dios puede dirigir al hombre a actuar de cierta manera, en otra situación su intervención puede ser mínima. Nadie puede decir que ha visto o que ve todos los aspectos de esa realidad. Es inevitable que existan diferencias de opinión.

También debemos admitir que algunos pasajes son difíciles. Añadamos a esto el hecho de que estamos limitados en nuestro entendimiento de los idiomas y la cultura de la Biblia. El estudio de hebreo, griego e incluso arqueología bíblica puede arrojar luz sobre un pasaje particular cuyo significado de otra forma permanece en la oscuridad.

Un principio fundamental es que ningún versículo individual debería tomarse como base para interpretar otros pasajes claros. Por ejemplo, si Hechos 2:38 fuera el único versículo en la Biblia sobre la doctrina de la salvación, podríamos concluir que el bautismo es necesario para la salvación. Pedro dice: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de

Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”. No obstante, si Pedro quiso decir que debemos bautizarnos para ser salvos, estaría contradiciendo docenas de otros pasajes en el Nuevo Testamento donde no se dice que el bautismo sea un requisito para la salvación. Esto nos indica que Pedro puede haber tenido otras razones en mente para hablar de arrepentimiento y bautismo en el mismo lugar. El capítulo sobre bautismo discute esto con mayor profundidad.

Las limitaciones humanas explican muchas diferencias de opinión, pero este factor no debería recalcarse demasiado. Las principales doctrinas de las Escrituras son bastante claras para quienes tienen sed de aprender. He conocido a muchos recién convertidos que no sabían nada de la Biblia y que obtuvieron un entendimiento bueno y razonable de la doctrina cristiana al leerla por su cuenta sin contar con el beneficio adicional de maestros y comentarios.

En segundo lugar está la perversión del hombre. Aquí se tienen en cuenta las diferencias de opinión que se dan a causa de nuestro sesgo individual; hacemos que la Biblia diga lo que queremos que diga por un sinnúmero de razones.

Por ejemplo, conforme a su carácter, la naturaleza humana resiste de suyo la noción de que no podemos contribuir en absoluto a nuestra salvación sino que debemos recibirla gratuitamente por fe. Parece más razonable decir que nos debemos ganar la vida eterna y obtener el favor de Dios mediante nuestros esfuerzos. Como es de esperarse, tales enseñanzas han existido desde comienzos de la historia de la iglesia. Se han incorporado rituales que según se cree, hacen a los pecadores dignos de bendición y ventura eternas. Con el paso del tiempo, la enseñanza del Nuevo Testamento se perdió en un laberinto de buenas obras, sacramentos, intriga política y hasta extorsión. La gracia ya no era gratuita sino dispensada por la iglesia a cambio de ciertos favores.

El prejuicio no muere fácil. Todos hemos conocido a personas que jamás estarían dispuestas a abandonar doctrinas

idolatradas aun si llegaran a convencerse de que tales enseñanzas no son bíblicas. “Nací y fui criado [católico, anglicano, presbiteriano, bautista, calvinista, o lo que sea], ¡y como tal moriré!”

La suposición que se esconde tras esta actitud es: “No estoy abierto a la posibilidad de examinar lo que creo. Que mis creencias sean verdaderas o no carece de importancia. Me gusta aquello con lo cual estoy familiarizado; no quiero negar la crianza que recibí, me siento cómodo donde estoy así que déjeme en paz”. La verdad es que muy pocas personas tienen una mente abierta, sobre todo en cuestiones de religión. Todavía menos están dispuestos a cambiar de iglesia aun si llegaran a convencerse de que la suya carece de fundamento bíblico. De esa manera se perpetúan con facilidad doctrinas y prejuicios perversos de una generación a la siguiente.

En tercer lugar está la incredulidad del hombre. Aquí estoy pensando en aquellos intérpretes de la Biblia que niegan los milagros de las Escrituras debido a la presuposición moderna de que los milagros no ocurren. Ellos dedican sus vidas a reinterpretar ambos Testamentos para acomodarlos a la mentalidad naturalista. Al teólogo alemán Rudolf Bultmann le pareció necesario “desmitificar” el Nuevo Testamento para que pudiera ser saboreado por los paladares teológicos del siglo veinte.

Estos eruditos hablan mucho más acerca de ellos mismos que de la Biblia. Han establecido sus propios criterios para determinar la verdad y juzgar las Escrituras. En efecto, tales intérpretes están escribiendo sus propias autobiografías. Se levantan para juzgar la Biblia y al hacerlo exponen a la vista de todos sus propios prejuicios. El humanista Alberto Schweitzer, al hablar acerca de los múltiples eruditos que escribían sus propias versiones de la vida de Cristo, dijo: “Cada individuo le trató [a Cristo] de conformidad con su propio carácter. No existe un producto de la labor histórica que revele tanto la verdadera identidad de un hombre como lo que escribe acerca de la vida

de Jesús”. Schweitzer se dispuso más adelante a escribir su propia versión de la vida de Cristo, ¡y presentó a Jesús como un hombre con inestabilidad mental!

El liberalismo teológico ha dividido al cristianismo durante siglos. Para la muestra, el ascenso de los unitarios y otras denominaciones que han negado los fundamentos básicos de la fe. En grados diversos, el liberalismo se ha introducido en las denominaciones propias de luteranos, anglicanos, presbiterianos, metodistas y bautistas. Estas divisiones no son el simple resultado de interpretaciones diferentes. El asunto crítico no es tanto la *interpretación* de la Biblia como la sumisión a la autoridad de la Biblia misma.

En cuarto lugar está la *tradición*. En lugar de permitir que la Biblia se sostenga como una revelación completa de Dios, la tendencia de la naturaleza humana es llenar los espacios disponibles rindiendo reverencia a las enseñanzas y adiciones de generaciones anteriores. El motivo para aceptar la tradición es noble en casi todos los casos, y consiste en tratar de traer claridad sobre asuntos que la Biblia no trata de forma directa. Por ejemplo, a todos nos gustaría que la Biblia diera una enseñanza específica sobre la salvación de los niños. No solo nos gustaría que ella nos asegurara que los infantes se salvan, sino también entender cómo pueden salvarse puesto que nacen bajo la condenación del pecado de Adán. Sobre estas cuestiones la Biblia guarda silencio y solo nos da indicios vagos con respecto a lo que deberíamos creer. Sin embargo, de manera consecuente con el deseo que el hombre tiene de llenar los silencios, surgió la enseñanza de que cuando un infante es bautizado se borra la culpa del pecado original. Esta tradición llegó a convertirse en dogma y le fue atribuida la misma autoridad de las doctrinas bíblicas.

Una vez que el *principio* de la tradición fue admitido como una fuente legítima de doctrina, quedó abierto el camino para que todo tipo de enseñanzas ajenas a la Biblia fuesen aceptadas por la iglesia. La exaltación de María, las oraciones a los santos,

la perpetuación de la autoridad de Pedro y un sinnúmero de otras doctrinas que no se encuentran de manera explícita en el Nuevo Testamento fueron consideradas como recipientes de la misma autoridad de la Biblia.

Católicos y protestantes disienten acerca del valor de la tradición. El principio fundamental de la Reforma fue *Sola Scriptura*, es decir, las Escrituras son la única regla de fe y práctica. Por otra parte, el catolicismo atribuye a la tradición el mismo nivel de autoridad de la Biblia. Citando las palabras del Papa Juan Pablo: “Tanto la Escritura como la tradición deben ser aceptadas y honradas con iguales sentimientos de devoción y reverencia”. No obstante, rara vez la tradición es neutral. Casi siempre es una detracción de la verdad y distorsiona la claridad del mensaje. Jesús reprendió a los fariseos por anular la Palabra de Dios con sus tradiciones.

En los capítulos que siguen, presentaré una historia breve de algunas doctrinas principales que han sido un punto focal de controversia. Una y otra vez tendremos que enfrentar la pregunta de por qué surgieron los desacuerdos y por qué siguen existiendo.

Ningún cristiano con preocupación genuina por estos asuntos puede correr a esconderse. La tendencia moderna de hablar sobre la relevancia del cristianismo sin tomarse la molestia de examinar sus doctrinas básicas es un descarrío. Solo si estamos bien parados sobre el fundamento estamos calificados para edificar la superestructura. Este libro se ha escrito con la esperanza de que los cristianos sabrán qué creen y por qué lo creen.

Algunos estarán en desacuerdo con mis conclusiones, pero todos deben coincidir en que estos asuntos no son triviales ni irrelevantes. La doctrina es el intento de aclarar lo que Dios ha dicho acerca de las últimas cosas: Cristo, el cielo, el infierno, la salvación.

Los capítulos siguientes discuten algunas controversias famosas que todo cristiano maduro debe resolver en su propia mente. El espíritu con el cual debe empezar nuestra búsqueda de la verdad tiene mucho que ver con el antiguo adagio atribuido

a Richard Baxter: “En cuestiones necesarias, unidad; en cuestiones dudosas, libertad; en todas las cosas, caridad”.

No es necesario leer los capítulos de este libro en el orden de presentación. Es posible que usted tenga interés en un tópico particular: bautismo, comunión o predestinación frente al libre albedrío. Sin importar dónde empiece su lectura, mi oración es que usted acepte el reto de pensar acerca de los asuntos básicos que deben resolverse en las mentes de todos los cristianos en su proceso de crecimiento y maduración.

¿Es Cristo verdadero Dios?

Es posible que usted recuerde el anuncio que apareció en muchos diarios del mundo en 1982 y que proclamaba: “CRISTO ESTÁ AQUÍ AHORA”. Había hecho aparición nuestro señor Maitreya, el gobernador mundial que se había esperado por tanto tiempo.

En letra menuda se encontraba la declaración de que este hombre era conocido por los cristianos como Cristo; los judíos le llamaban el Mesías; los budistas le llamaban el quinto Buda; los musulmanes le llamaban Imam Mahdí; y los hindúes le llamaban Krisna. A continuación la conclusión: *Todos estos son nombres que se utilizan para aludir a la misma persona.*

Nunca esperé encontrar esta clase de herejía en la iglesia, pero cierta noche en una reunión religiosa terminé sentado al lado de una popular mujer pastora que mezcla de manera habilidosa el cristianismo con el movimiento de la Nueva Era, en el cual se enseña que Dios existe dentro de cada persona y tan solo aguarda el momento de ser descubierto. “¿Cree usted que Cristo es el único camino a Dios?”, le pregunté, bastante seguro de que ella negaría una afirmación tan exclusivista. “Por supuesto creo que Cristo es el único camino a Dios”, fue la respuesta directa. “¿Qué la hace pensar que yo no lo creería?”

Le insistí: “¿Cree usted que todas las religiones del mundo son igualmente válidas?”; con esta pregunta quise forzarla a definir su doctrina con mayor precisión. “Sí lo creo”, fue su respuesta cándida.

“En ese caso, ¿cómo encaja esto con la afirmación de que Cristo es el único camino a Dios”, pregunté perplejo ante lo que parecía una contradicción. *“Cuando yo hablo de Cristo, no me estoy refiriendo a Jesús de Nazaret”*, fue su respuesta honesta.

Para ella, el nombre Cristo era un concepto genérico que se utilizaba para aludir a cualquier dios en un momento determinado. Según ella este Cristo es el valor universal que existe en cada persona, y como admitió con franqueza, no se trata del Jesús de la Biblia.

La teología siempre ha sido importante, pero nunca más que hoy día. La iglesia en su ingenuidad está ingiriendo viejas herejías sin siquiera darse cuenta de ello. Por eso es que debemos volver a considerar los primeros concilios de la iglesia. Estos se convocaban para aclarar doctrinas, identificar herejías y hacer una explicación y presentación lógica de las creencias cristianas. A causa de la difusión de tantos conceptos falsos de cristianismo, es tiempo de regresar a las bases y los fundamentos. Si no lo hacemos, miles de personas que creen ser cristianas descubrirán en el día del juicio que fueron engañadas.

El concilio de Nicea que se reunió en el año 325 d.C., definió la doctrina más importante del cristianismo. A partir de esa reunión surgieron dos maneras de ver a Cristo. Aunque divergían en sentido gramatical por una sola letra del alfabeto griego (una jota o una tilde, por así decirlo), los obispos abrieron una grieta teológica que está con nosotros hasta el día de hoy. A un lado están los que hablan bien de Cristo pero creen que es algo menos que Dios; al otro lado están quienes creen que Cristo es Dios de Dios. Este concilio mostró por qué es posible creer en Cristo y a pesar de ello ser condenado para siempre. Miles de seres humanos que se llaman a sí mismos creyentes descubrirán un día horrorizados que creyeron en el Cristo equivocado. Más sobre esto en seguida.

Supongamos que usted está leyendo el Nuevo Testamento por primera vez. ¿Cómo interpretaría las oraciones de Cristo al Padre? ¿Llegaría a la conclusión de que Él fue alguien menor a

Dios? Si Él es Dios, ¿entonces solo estaba hablando consigo mismo?

La iglesia primitiva confrontó una paradoja desconcertante. Por un lado, Cristo fue presentado como un ser distinto de Dios el Padre. El Padre le habló a Cristo en su bautismo y Cristo también le hablaba al Padre muchas veces en oración. Por otro lado, Cristo fue presentado con claridad como Dios; como Isaías predijo, el Mesías sería “Dios fuerte” (Is. 9:6).

Los primeros padres de la iglesia en su gran mayoría no tenían un concepto claro de la Trinidad. Estaban al tanto de que el Nuevo Testamento presenta a Cristo como Dios pero no enfrentaron de inmediato la cuestión acerca de cómo podría reconciliarse tal doctrina con el hecho de que solo hay un Dios. Si Cristo es Dios y al mismo tiempo se distingue de Dios el Padre, ¿no existen entonces dos Dioses? Si el Espíritu Santo también es Dios, ¿entonces no son tres?

Un Dios o tres Dioses

Vamos a considerar esta porción de historia teológica. Para evitar la creencia en tres dioses se divulgó una enseñanza llamada “monarquismo” en toda la iglesia en el siglo tercero. Esta enseñanza (cuyo nombre significa “un solo soberano”) sostenía que las llamadas tres personas eran en realidad modos en los que una sola persona se manifestaba. Tanto Cristo como el Espíritu Santo son Dios el Padre, pero bajo un atavío diferente. Así como el mismo hombre puede ser un padre, un hijo y un hermano, así la persona única de Dios el Padre ejercía diferentes funciones o papeles.

Esta forma de monarquismo afirmó la deidad verdadera de Cristo, pero se vio forzado a concluir que el Padre mismo se había encarnado. Noetus, uno de sus líderes, escribió: “Cuando el Padre aún no había nacido, se convirtió en el Hijo, él mismo de suyo y no de otro”.

Aunque el monarquismo afirmó la unidad de Dios y la deidad de Cristo, fue juzgado como herejía. No explicaba de manera

satisfactoria las veces en que Cristo habló a su Padre, pues según su principio la conclusión era que Cristo estaba hablando consigo mismo. De otra forma, ¿en qué sentido podría el Padre abandonar al Hijo en la cruz si el Hijo era el Padre solo que en un papel diferente? ¿Acaso el Padre se abandonó a sí mismo?

Tertuliano del norte de África (aprox. 160–215), uno de los primeros teólogos que afirmó la personalidad tripartita de Dios, acusó a los monarquianos de negar el Espíritu Santo y creer que Dios el Padre fue crucificado. Esta doctrina nunca fue una amenaza seria a la cristiandad como un todo. Aunque sobrevive en la actualidad entre algunos que pertenecen a la secta de los “Solo Jesús”, en gran medida está fuera de escena.

Por supuesto, podemos caer en esta antigua herejía cuando agradecemos a Dios el Padre por morir en la cruz por nosotros. La precisión doctrinal exige que las personas de la Trinidad se mantengan distintas entre sí.

El problema es que ya nos adelantamos a la historia.

Puesta en escena

Después que el emperador Constantino se convirtió al cristianismo en 312 d.C., promulgó un edicto que otorgaba tolerancia de la religión cristiana y en esencia proclamaba el cristianismo como la religión del imperio. Este hombre estaba tratando con una iglesia que hervía en discusiones sobre la persona de Cristo. Para nosotros en los tiempos modernos la teología está confinada al salón de clases, pero en aquellos días todos estaban involucrados en el debate. Un obispo describió a Constantinopla como una ciudad enfrascada en estas discusiones. Dijo que si se pedía cambio de monedas a alguien en el mercado era casi seguro que se pusiera a discutir con esa persona si Cristo fue engendrado o no; si se preguntaba acerca de la calidad del pan, la respuesta que se recibía era que “Dios el Padre es mayor, el Hijo es menor”; si uno sugería que tomar un baño era algo deseable, le dirían “no había nada antes que Dios el Hijo fuese creado”.¹

Confundido por esos debates teológicos, Constantino fue persuadido a convocar un concilio general en Nicea para resolver las amargas disputas. El emperador tenía la esperanza de que se llegara a un consenso y hubiese reconciliación entre las partes. Si no se lograba, la iglesia no podría unir al imperio. En esos días la unidad religiosa era el fundamento de la unidad política.

Descripción de los asuntos a debatir

Vamos a considerar las opiniones que se debatieron en diversos lugares del imperio.

En el siglo anterior, cerca de 250 d.C., Orígenes, un teólogo de Alejandría en Egipto, afirmó que el Hijo estaba supeditado al Padre. En ocasiones llegó a referirse al Hijo como el *Theos Deuteros*, o el segundo Dios. Lo extraño es que además de esto afirmaba creer en la deidad de Cristo. No es claro qué quiso decir con exactitud al hablar de subordinación del Hijo al Padre.

Arrio, un presbítero en Alejandría, llevó la perspectiva de Orígenes un paso más allá. Si el Hijo tiene una esencia diferente a la del Padre, es lógico suponer que se trata de un ser creado. Esto explicaría la subordinación del Hijo al Padre en pasajes tales como Juan 14:28 donde Cristo dijo: “voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo”. Otros pasajes relevantes son Marcos 13:32; Juan 5:19; y 1 Corintios 15:28.

“Si el Padre engendró al Hijo, aquel que fue engendrado tuvo un comienzo de existencia”, dijo Arrio. “A partir de esto es evidente, que hubo un tiempo en que el Hijo no existió”.

Arrio creía que el Hijo fue creado de la nada, pero que fue el primero y el mayor de los seres originados por Dios. Por medio del Hijo fue creado el mundo. El Hijo es digno de adoración porque fue adoptado por Dios como tal.

Esta visión fue aceptable para quienes estaban influenciados por el paganismo de la época. Si alguien no cree que la teología es afectada casi siempre por la filosofía prevaleciente del

momento, solo hay que pensar en la manera tan conveniente y precisa como la idea de un Cristo creado se ajustó a la mentalidad griega.

Los gnósticos (del término griego para conocimiento), creían que la materia es maligna y por lo tanto no era posible que Dios se convirtiera en hombre. Si lo hiciera quedaría contaminado con una mancha imborrable de maldad. Afirmaban poseer un conocimiento secreto que les llevaba a la conclusión de que existía un Dios supremo que existe por sí solo, pero que hay muchos dioses menores que ejecutan la obra de Dios y que tienen tránsito libre entre el cielo y la tierra. Cristo podría ser considerado el más grande de estos dioses creados y de esa manera se ajusta muy bien dentro del contexto de la filosofía griega. Para la mente pagana esta era una teoría aceptable y más creíble que la doctrina de que Cristo, la Palabra, ha existido desde toda la eternidad y es igual en todo a Dios el Padre. Como se mencionó, si Dios se convirtiera en hombre quedaría malogrado con la corrupción terrenal. Hacer a Cristo menor a Dios le ajustaba a los parámetros de la filosofía pagana de la época.

La visión de Arrio llegó a tener influencia porque este hombre fue un comunicador de gran habilidad. Acostumbraba difundir sus ideas con frases cantadas que en poco tiempo se hicieron populares y eran entonadas por los mayores en los lugares públicos y los niños en las escuelas.

En la actualidad muchas sectas tienen por héroe al ingenioso Arrio.

Por ejemplo, los Testigos de Jehová creen que Cristo es un dios pero no Dios a plenitud. Cito a Carlos Russell, uno de sus fundadores: “Al ser la primera creación de Dios, estuvo con el Padre en el cielo desde el principio de toda la creación; Jehová Dios le usó en la creación de todas las demás cosas que han sido creadas”. Versículos tales como Colosenses 1:15 y Apocalipsis 3:14, donde Cristo es llamado “el primogénito de toda creación” y “el principio de la creación de Dios”, son

utilizados para mostrar que Cristo fue el primero de todos los seres creados.

Arrio representó esta manera de ver las cosas en el concilio de Nicea. Había ganado seguidores y un respaldo popular considerable, y ahora la iglesia tenía la oportunidad de evaluar su postura a la luz de las Escrituras.

La posición opuesta fue defendida por el gran teólogo y apologista Atanasio (aprox. 296–373). Cual adalid de la ortodoxia, insistió en que Jesucristo era pleno Dios y tenía la misma esencia del Padre. En términos específicos, argumentó a favor de la doctrina de la Trinidad, de Dios como una unidad tripartita. Afirmó que las siguientes proposiciones podían sostenerse sin contradicción: (1) Cristo y el Espíritu Santo son plenamente Dios; (2) ambos son, en cierto sentido, distintos entre sí y del Padre; y (3) Dios es uno.

Atanasio creía que las tres personas no estaban separadas, lo cual conduciría al politeísmo, sino que participaban de unidad de sustancia o esencia. Como el historiador de la iglesia Reinhold Seeberg escribió, Atanasio era consciente de que “solo si Cristo es Dios de forma incondicional e inobjetable, es cierto que Dios tuvo entrada plena a la humanidad, y solo en ese caso fue traído acceso para los seres humanos a la comunión con Dios, el perdón de los pecados y la inmortalidad”.

Parecería claro que solo puede ser cierto que Cristo es Dios o que Él fue creado. Sin embargo, en todo concilio siempre ha habido alguien que cree haber hallado un punto medio que satisface a ambas partes. El historiador Eusebio de Cesarea encabezó una facción que afirmaba tener la fórmula para cerrar la fisura generada por ambas perspectivas. Se alineó con los arrianos diciendo que Cristo era de una sustancia diferente a Dios el Padre, pero coincidió con Atanasio en que Cristo era divino. Sugirió que la naturaleza de Cristo se describiera como *homoiusios* (similar) a la de Dios el Padre. Cristo sería como Dios, pero no sería Dios de una forma indeterminada.

De esta manera se preparó el escenario para uno de los concilios más importantes de la iglesia en toda su historia. ¿Cuál de estas tres perspectivas ganaría la lid?

El concilio se reúne

Constantino se dio cuenta de que estas diferencias podían desarticular su imperio en cualquier momento. Había decidido trasladar la capital del imperio de Roma a Bizancio (más tarde la ciudad sería llamada Constantinopla en su honor, su nombre moderno es Estambul). Por esa razón solicitó a los delegados que acudieran a Nicea, a tan solo cuarenta kilómetros de la nueva capital. De este modo en 325 d.C. se reunieron 318 obispos para tratar la cuestión de la deidad de Cristo y la Trinidad. ¡Pensemos por un momento en las circunstancias! Tenemos aquí a hombres que habían sido perseguidos por su fe contados años atrás. Muchos de ellos podían mostrar cicatrices de sus días de tortura. No obstante, debido ahora a la conversión de Constantino, asistieron de forma abierta al concilio, ¡con todos sus gastos pagados por el emperador!

Constantino mismo pronunció el discurso inaugural. Recordó a los obispos que tenían que resolver estos asuntos teológicos porque las divisiones en el imperio eran peores que la guerra. Sus esperanzas estaban puestas en una resolución rápida y amistosa.²

Arrio fue invitado a formular sus planteamientos de que Cristo era un ser creado, que era el primero y mayor de los seres creados, pero que en definitiva había sido creado. “El Hijo tuvo un principio, pero Dios carece de principio”.

En breve, la asamblea denunció esto como herejía. Blasfemia. Así quedó resuelto el asunto.

Sin embargo, fue más difícil enfrentar la oposición de Eusebio de Cesarea. Este hombre era amigo personal del emperador y también un admirador de Arrio. Procedió a presentar su fórmula intermediaria. Cristo puede ser llamado Dios, pero su sustancia es diferente a la de Dios el Padre.

Por otro lado, la mayoría de los obispos presentes creían que si Cristo tenía una sustancia diferente a la del Padre, no podría ser llamado Dios en el sentido pleno del término. Solo si tenía la misma sustancia podría ser Dios.

Luego se presentó la postura de Atanasio, que como se recordará consistía en la creencia de que Cristo era “Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de una sustancia con el Padre”. La palabra griega empleada era *homoousion*, “de una misma sustancia”. Este credo no se podía interpretar de otro modo que con la afirmación incondicional de que Cristo era Dios.

Después de varios años de debate, el emperador vio que el punto medio de Eusebio no podía ser adoptado. Se estaba desarrollando un consenso hacia la perspectiva de que Cristo era de la misma sustancia que Dios el Padre. De este modo el emperador decidió intervenir y coligarse con Atanasio, quien había insistido en que Cristo era plenamente Dios, de una sustancia con el Padre. Así surgió el credo de Nicea:

“Yo creo en Dios el Padre todopoderoso; Creador del cielo y de la tierra... y en un solo Señor, Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, engendrado del Padre antes de todos los mundos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no creado, de una sustancia con el Padre”.

Todos los obispos firmaron el credo a excepción de dos, los cuales fueron enviados al exilio al igual que Arrio. Constantino ofreció un banquete para celebrar el resultado final, creyendo que de ahora en adelante su imperio permanecería unificado. Eusebio, quien había perdido con su postura intermedia pero después accedió a firmar el nuevo credo, escribió que todos los obispos estaban presentes en la mesa del emperador, con guardaespaldas y soldados por todos lados empuñando sus grandes espadas... y los hombres de Dios podían caminar sin temor entre ellos. “Era fácil imaginar que ya se trataba del reino de Cristo o considerar la escena como un sueño antes que la realidad”.

No obstante, la victoria fue empañada. Algunos de los delegados creían que la influencia de Constantino era lo que había determinado el resultado. Después de todo, él había respaldado a Atanasio con todo su peso político. De ese modo algunos disidentes argumentaron que el resultado se había basado en consideraciones políticas antes que religiosas.

A Atanasio mismo le causaba desazón que Constantino hubiese entrado al debate a título personal. Habría preferido convencer a los delegados con sus propios argumentos que alcanzar una solución de la controversia mediante la intervención de un político.

Lo cierto es que el debate estaba muy lejos de resolverse. El arrianismo se había difundido en muchas iglesias y los emperadores subsiguientes se aliaron con la mayoría del momento. Los disconformes eran excluidos. Atanasio continuó en su oposición al arrianismo con tal tenacidad que cuando le dijeron que todos se le oponían él dijo: “¡Atanasio contra el mundo!”. En cinco ocasiones fue llevado al exilio, pero nunca fluctuó en su compromiso con la deidad plena de Cristo.

Más tarde los arrianos empezaron a discrepar entre ellos mismos y su influencia se desvaneció. El concilio de Roma (341) y el concilio de Constantinopla (381) ratificaron el credo de Nicea, que es la base de la ortodoxia cristiana hasta el día de hoy.

¿Es teológicamente correcto el credo de Nicea? Algunas veces se arguye que en ninguna parte la Biblia dice que Cristo sea verdadero Dios y que tenga la misma esencia divina de Dios el Padre. No obstante, en algunos pasajes se afirma de manera directa la deidad plena de Cristo (Is. 9:6; Jn. 1:1; Ro. 1:5; He. 1:8). Además, existen muchos otros pasajes donde se declara de manera indirecta que Cristo es Dios a causa de los atributos divinos que le son asignados.

¿Qué hacer con las referencias que hablan de Cristo como “el principio de la creación de Dios” (Col. 1:15; Ap. 3:14)? En ambos versículos la palabra empleada es *protokokos*, que

significa primer portador. Cristo es el único quien tiene preeminencia sobre toda la creación. Aun si la palabra se tradujera primogénito, esto no implicaría que Cristo haya sido el primer ser creado. Aunque Jacob fue menor que su hermano Esaú, Jacob fue el primogénito y heredero. No es una cuestión de tiempo sino de posición lo que determina quién es el primogénito. Cristo tiene preeminencia en todo.

¿Por qué esto es importante para mí?

Algunas veces los críticos hacen mofa diciendo que el concilio de Nicea se dividió por una simple “jota”. Recordemos que la diferencia entre las palabras similar e igual en griego solo es una letra del alfabeto, la letra “i”. Algo propio de teólogos es tratar de partir un pelo por la mitad y discutir sobre detalles que no se relacionan con el mundo real. Mucho mejor sería ayudar a los pobres o involucrarse en los asuntos políticos del momento.

William E. Hordern cuenta una historia que ilustra la manera como una sola letra o coma puede cambiar el significado de un mensaje. En los días cuando se enviaban mensajes por telégrafo había un código para cada signo de puntuación. Cierta mujer que se encontraba de viaje por Europa, envió un cablegrama a su esposo para preguntarle si podía comprar una bella pulsera que costaba 75.000 dólares. El esposo contestó con este mensaje: “Ninguna pulsera, cuesta demasiado para mí”. Cuando el operador del telégrafo transmitió el mensaje no incluyó la coma. La mujer recibió un mensaje que decía: “Ninguna pulsera cuesta demasiado para mí”. Ella compró la pulsera; el esposo denunció a la compañía, ¡y ganó la demanda! Después de este suceso los usuarios del código morse siempre han colocado por escrito los signos de puntuación. Una coma, una tilde o una “jota” pueden hacer una gran diferencia en la transmisión de un mensaje.³

Aunque los obispos en Nicea se dividieron por las palabras griegas similar e igual, el asunto era de inmensa importancia. Los teólogos de siglos pasados entendían que todas las demás cuestiones sociales y morales no se pueden comparar con la

significación y trascendencia de la doctrina de la deidad de Cristo. La pregunta real es si Cristo es capaz o no de ser el Salvador de la humanidad.

Aun si Cristo fuese la criatura más sublime y noble de la creación de Dios, entonces Dios solo estaría involucrado de forma indirecta en la salvación del hombre caído. La salvación le habría costado muy poco a Dios. Una de sus criaturas habría sufrido por la humanidad, como si Dios hubiese delegado a otro ser “el trabajo sucio”.

¿Acaso sería posible la salvación si Dios hubiese delegado el sufrimiento a una de sus criaturas? No. Solo Dios mismo puede reconciliar al hombre con Él. Como lo dijo el obispo Moule: “Un Salvador que no sea Dios sería como un puente al que le falta la mitad”. La enseñanza constante de la Biblia es que Dios sufrió; por esa razón podemos decir que la salvación es del Señor.

Consideremos el asunto de esta forma: Dios necesitaba un rescate para que el hombre pudiese ser perdonado, pero solo Él podía satisfacer sus propias demandas. Un juez en California declaró a un hombre culpable de una infracción menor y promulgó una sentencia; el mismo juez salió del estrado y pagó la pena que había exigido. En la salvación, Dios nos declara culpables y también paga nuestra deuda. Solo Él puede satisfacer sus propios requerimientos. Un salvador menor que Dios no estaría calificado para hacerlo; Dios debe hacerlo por sí mismo.

La deidad de Cristo también debe ser afirmada para guardarnos de la idolatría. Cristo aceptó aquí en la tierra la adoración y las oraciones de la gente sin muestra alguna de escrúpulo ni vergüenza. Él también perdonó el pecado. Los judíos de su tiempo entendieron con claridad las implicaciones de esto y preguntaron: “¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?”

Todos nos hemos preguntado: “¿Está bien orarle a Jesús?” Es cierto que Cristo enseñó que debemos orar al Padre en su nombre, pero la oración a Cristo también es apropiada, porque

Él es Dios sin condición alguna. En el cielo el Hijo es adorado junto a Dios el Padre.

Varios años atrás el obispo Pike, quien negaba todas las doctrinas fundamentales del cristianismo, escribió un libro titulado *El otro lado*. Es la historia acerca de cómo trató de hacer contacto con su hijo, quien había cometido suicidio. Cuando Pike por fin contacta a su hijo difunto a través de una médium, se da un diálogo entre padre e hijo. El padre pregunta a su hijo (que en realidad es un demonio personificando a su hijo), si se habla mucho acerca de Cristo en “el otro lado”, a lo que responde la voz: “¡No, por aquí no hablamos mucho de él!”

Usted puede estar seguro de algo: si después de morir se encuentra en un lugar donde no se habla mucho acerca de Jesús, puede tener la seguridad de que ha terminado en el lado erróneo de la eternidad. El libro de Apocalipsis está lleno de himnos de alabanza y adoración a Cristo, el Cordero.

Cristo nos dice que Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. La Enciclopedia Británica consta de treinta tomos pesados y atiborrados de información. Sin embargo, sus escritores nunca tuvieron que salir de las veintisiete letras del alfabeto para escribir toda esa historia, geografía y ciencia. Sucede lo mismo con Cristo. No necesitamos salir de Él para encontrar toda la verdad y sabiduría espiritual que necesitamos. En Él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad.

Si Cristo no es Dios, entonces Dios no nos ha salvado, y la adoración que Cristo aceptó y su capacidad para perdonar pecados habrían sido una blasfemia.

¿Cuál Cristo salva?

Volvamos a la conversación que tuve con aquella mujer pastor acerca de la persona de Cristo. Ella creía que Cristo era el único camino al cielo pero también afirmó que todas las religiones del mundo eran una expresión del Cristo. Recuerde,

ella dijo que el Cristo proclamado por ella no era Jesús de Nazaret.

Ahora nos encontramos en una mejor posición para entender por qué miles de personas que creen en Cristo se van a perder. Han creído en un Cristo que no está calificado para salvarles. En efecto, han creído en un anticristo, de una u otra forma. “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Jn. 4:2-3).

He aprendido a nunca dejar que una persona me diga que cree en Cristo sin preguntar: “¿Cuál Cristo?”. Alberto Schweitzer el humanista, creía en un Cristo que en esencia era un demente; Rudolf Bultmann el teólogo alemán, creía en un Cristo mitológico; Immanuel Kant el filósofo alemán, creía en un Cristo humano; muchas sectas modernas creen en un Cristo creado.

El movimiento de la Nueva Era que está ganando amplia aceptación enseña que todas las religiones del mundo son en esencia lo mismo, y su punto de unidad radica en el poder de la mente. Según algunos, este poder debería llamarse Cristo. Aun la Madre Teresa de Calcuta, quien es elogiada en gran manera por los evangélicos, ha dicho que la conversión significa quedar cara a cara con Dios al aceptarle en nuestras vidas. “Nos convertimos en mejores hindúes, mejores musulmanes, mejores sin importar qué seamos... lo que Dios sea en tu mente es lo que debes aceptar”.⁴ Aparentemente, ella creía que el Cristo del cristianismo bíblico no es necesario para la conversión.

El sacerdote francés Teilhard de Chardin expuso una nueva teología en la que el alma es la fuerza motriz de la evolución. Enseñó que el hombre estaba emergiendo para convertirse en un nuevo ser ennoblecido por el espíritu universal del Cristo cósmico. Para él Cristo no es más que un peldaño en la escalera evolutiva.

Lo cierto es que hasta la fe más implícita, si se deposita en un Cristo que es incapaz de salvar, no nos llevará al cielo. La pregunta es entonces: ¿cuál Cristo salva?

Para responder esa pregunta debemos regresar al credo de Nicea. Solo un Cristo encarnado quien es pleno Dios califica para ser un Salvador verdadero.

La Trinidad

Como ya se indicó, afirmar la deidad de Cristo es creer en la Trinidad. Puesto que si Cristo es Dios, pero se distingue de Dios el Padre, debe haber por lo menos dos personas en la esencia divina. Como la Biblia también afirma que el Espíritu Santo es Dios, la deidad debe existir como una unidad tripartita.

En su libro *La Trinidad*, Agustín desarrolló en profundidad la teología de Nicea. Recalcó la unidad de esencia y la Trinidad de personas en la deidad, pero fue cuidadoso en señalar que no se asemejan personas humanas que son entidades separadas; más bien, tienen una interpenetración mutua y habitan uno en otro sin limitaciones.

Agustín admitió que la palabra persona no es un buen término para usar porque implica politeísmo; de todas maneras él lo empleó “no con el fin de expresar [la relación], sino con motivo de no quedar en silencio”. El teólogo era consciente de que ninguna palabra o arreglo de palabras humanas puede expresar de forma adecuada la relación trinitaria. Persona alude a un sentido de individualidad y separación; *modo* es demasiado impersonal.

Cierto académico dijo: “Si pudiéramos despojar la palabra persona de su sentido de individual o a la palabra aspecto de su cualidad impersonal, las dos servirían”.

Una analogía podría ser de ayuda. Agustín dijo que debido a que el hombre fue creado a imagen de Dios, su mente era un ejemplo de la Trinidad: memoria, inteligencia y voluntad son elementos que participan por igual de la misma sustancia, y no obstante son distintos en función. Lo cierto es que la ilustración

de Agustín falla porque estas funciones son demasiado impersonales. Debemos afirmar a tres personas que participan de una sola sustancia.

Algunas veces se acusa a los cristianos de creer en una contradicción, que uno equivale a tres. Esto es falso, por supuesto. No estamos diciendo que un Dios equivale a tres Dioses, sino que un Dios se revela en tres “personas”, entendiendo que la palabra persona no se puede interpretar en un sentido individualista.

Sobre esta roca

La deidad de Cristo es por lo tanto el fundamento de la doctrina cristiana. No es suficiente creer en Cristo, sino creer en un Cristo que es capaz de salvar. La cantidad de fe no es tan importante como el objeto de la fe. Uno puede creer que el hielo de un lago congelado es lo bastante sólido para aguantar su peso, pero si apenas tiene tres centímetros de grosor se va a romper si uno camina sobre él. De la misma manera, es posible que usted tenga dudas mientras camina sobre una capa de hielo de treinta centímetros de grosor, pero le va a sostener a pesar de sus temores y reservas.

La fe sola no salva; solo la fe en una persona calificada para salvar trae salvación al corazón humano. No todos los que dicen “Señor, Señor” entrarán en el reino de los cielos. El Cristo de las sectas es incapaz de pagar el castigo por el pecado. Creer en un Cristo que es menor a Dios es tener una fe en el lugar equivocado.

El concilio de Nicea dividió a la cristiandad para siempre. Por un lado están quienes hablan bien de Cristo pero afirman que es un ser menor que Dios; por otra parte están quienes creen que Él es “Dios de verdadero Dios”. Estas dos corrientes de pensamiento fluyen en direcciones diferentes y jamás se entrecruzan.

Debemos agradecer que aquellos que nos han precedido en la historia de la iglesia insistieron en que creyésemos en el Cristo

que es Dios. En su propia persona Él une a Dios con el hombre. En su muerte reconcilia al hombre con Dios. Salvación o condenación; cielo o infierno. Esa fue la cuestión que se tuvo que decidir en Nicea.



- 1 Bruce L. Shelley, *Church History in Plain Language* [Historia de la iglesia en lenguaje sencillo] (Waco: Word Books, 1982), p. 113.
- 2 Shelley, p. 115.
- 3 William E. Hordern, *A Layman's Guide to Protestant Theology* [Guía del laico sobre teología protestante] (Nueva York: Macmillan, 1955), p. 15-16.
- 4 Desmond Doig, Mother Theresa: *Her People and Her Work* [La Madre Teresa. su gente y su obra] (Nueva York: Harper and Row, 1976), p. 156.